

SEGUNDA PARTE



EL SITIO

I

¡El enemigo!—El señor A.—Los conservadores mexicanos.—Un escapulario de Nuestra Señora del Pueblito.

El 4 de Marzo se nos anunció la llegada del enemigo. Se acercaba simultáneamente por el camino de San Luis Potosí, al mando de Escobedo, y por el de Acámbaro, al mando de Corona.

Por la tarde encontré á un oficial de los dragones de la Emperatriz. Era portador de la órden dada á su regimiento de mandar afilar los sables. Era buena señal, y el valiente jóven parecia muy contento.

La órden de estar listos para la marcha, llegó efectivamente algunas horas despues con la de no llevar ningunos bagajes. No habia que dudarlo; íbamos á salir de la ciudad para ir al encuentro de los republicanos.

Antes de partir fuí á mi alojamiento para arreglar diferentes cosas y despedirme de mi huésped, el señor A..... Pero ántes debo decir de qué manera conocí á este hombre excelente.

A mi llegada á Querétaro envié á mi asistente á tomar posesion del alojamiento á que me daba derecho una boleta de

la Prefectura, y luego que las exigencias del servicio me lo permitieron, corrí á ver la instalacion de mi modesto equipaje de oficial del Emperador, sin olvidar la de un buen animal, cuyos ijares ¡ay! son sin duda picados en este momento por la espuela de algun ginete republicano. Entónces advertí que Oviedo, mi asistente, se habia equivocado. La casa contigua era la que se encontraba en la obligacion, no siempre agradable, de alojar provisionalmente á un militar.

Oviedo se excusó bastante bien, probándome que la causa de aquel error no era completamente suya; que no sabia leer mas que los caractéres impresos, y eso si eran bien grandes; que yo solo era el verdadero culpable, puesto que habiendo tenido muchas ocasiones de reconocer su ignorancia, le habia encargado de una mision tan difícil. Oviedo era un viejo artillero, buen carrocer de oficio, servidor fiel que jamas habia desertado durante sus diez y ocho años de servicio, y cuyos piés habian sido medio devorados por insectos llamados *niguas*; en la guerra contra los *Pintos* en tiempo de Santa-Anna. En una palabra, era un soldado de *confianza*, como se decia en el pequeño ejército imperial; así es que yo no regañé mucho, pero bastante, sin embargo, para que el señor A..... me oyese, y en el momento en que dí orden de trasportar mi equipaje á la casa contigua, fué á suplicarme que no lo hiciera si no queria apesadumbrarle. Cedí á una invitacion tan amable, y me instalé sin hacerme mucho de rogar.

Desde ese dia, el señor A..... y yo fuimos verdaderos amigos, y nuestra amistad duró hasta su muerte, acaecida hace poco tiempo.

Su familia y sus amigos, que reunia por la noche en una tertulia agradable, hacian votos por el señor Emperador, como llamaban al Emperador Maximiliano; temian que despues de nuestra marcha se quedara la ciudad indefensa y expuesta

á ser fácilmente presa de Carbajal. Este último habia ido á atacarla quince dias ántes, pero por fortuna habia sido rechazado por el general Mejía. Realmente todos tenian que quejarse de la guerra civil, que les hacia sufrir pérdidas considerables de todas clases. El sitio casi acabó de arruinarlos. Temian, sobre todo, una entrada de los republicanos en la ciudad.—Tendremos, decian, nuevos préstamos forzosos, nuevas requisiciones interminables y nuevas insolencias que soportar.

Como todos los conservadores de todos los países, confiaban demasiado en el gobierno, al que no secundaban bastante, por el temor, muy fácil de comprender, de comprometerse de un modo peligroso para sus intereses, si las cosas cambiaban de repente, como sucede tantas veces. La abstension es la que pierde en todas partes á los conservadores. No sucedia lo mismo con los republicanos; estos, mas insinuantes, mas activos, teniendo muy poco que perder, no temian empeñar una partida. Se trataba de un plebiscito, los conservadores se abstentaban; los republicanos votaban mas bien dos y aun tres veces que una; en caso de necesidad, se imponian por medio de la violencia.

Las últimas noticias de la salud de la Emperatriz Carlota ocupaban particularmente á las mujeres que habian oido hablar de la capacidad política de la bella é interesante soberana.

En tan críticas circunstancias, la fatal enfermedad de la Emperatriz Carlota fué una gran desventura para el Imperio. Su alma de fuego habria reanimado á los mas desalentados. Sus consejos, ilustrados como los de un hombre de Estado, habrian tenido una influencia muy grande, y sobre todo, muy útil sobre las medidas de salvacion general; en fin, su presencia en la capital habria obligado al general Márquez á auxiliar á Querétaro cuando debia hacerlo.

Todas las mexicanas del partido conservador amaban y compadecían al Emperador y á la Emperatriz, sobre quienes amenazaba pesar enteramente la desgracia.

En el momento de separarme, no sin emoción, del señor A..., cuyo carácter y cuyas ideas me recordaban los cristianos viejos de la antigua Castilla, su anciana y respetable esposa me llevó un escapulario procedente de un lugar vecino de Querétaro, llamado *el Pueblito*, célebre por las peregrinaciones que hacen á él las gentes piadosas para venerar á una imagen de Nuestra Señora. En su fé por el poder de ese escapulario, la buena señora le daba virtudes de tal manera poderosas, que se trasformaba en verdadero talisman. «Nuestra Señora del Pueblito, me decía, no puede dejar de proteger al que lleva al cuello este escapulario.»

Esta creencia, mas ó ménos supersticiosa en la influencia que pueden tener ciertos objetos reputados santos ó santificados, que se encuentra, tanto entre los antiguos paganos como entre los modernos cristianos, es digna de notarse. Los amuletos de los salvajes, las reliquias de los mahometanos, las de los cristianos, no tienen otro origen que la fé sencilla, que no siempre dimana de la ignorancia, sino mas bien de una disposición de espíritu del hombre para creer, en su temor á lo desconocido, que se pueden combatir ó desviar los decretos del destino. La cándida religion de algunos soldados me hizo notar esta superstición. La encontré tambien, un poco desfigurada, en hombres verdaderamente notables por su instrucción y por la independencia de su carácter, que llevaban, con un respeto místico, cabellos, flores, la imagen de una persona querida, ó diferentes cosas en las que tenían una confianza que no siempre confesaban con franqueza, pero que no por eso dejaba de existir.

Un oficial de cazadores franco-mexicanos, antiguo sargento

de zuavos, escéptico de la peor especie, que no creía ni en Dios ni en el diablo, llevaba una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que le habían dado no sé cómo, y de la que ni siquiera sabía pronunciar el nombre en su ignorancia de la lengua española. Su veneración por aquella imagen le atrajo por un momento las bromas de sus camaradas. Digo por un momento, porque este hombre, que era muy valiente y conocía á fondo la esgrima, manifestó todo el desagrado que le causaba oír esa especie de bromas, y como sus amigos le temían, le dejaron en paz.

Acepté, sin embargo, con gusto el recuerdo de mi buena huésped, y me colgué al cuello su escapulario, que conservaba todavía cuando terminó el sitio.

II

¡ En batalla ! . . . — El Emperador entrega una bandera al batallón de Iturbide. — El Cerro de las Campanas. — El cuartel general. — El coronel López.

La noche del 5 al 6 de Marzo se empleó en los preparativos del combate, y cuando apareció el día nos encontramos formados en batalla frente á la ciudad.

Nuestra posición formaba un triángulo cuyo vértice era el Cerro de las Campanas, fuerte elevación aislada de que ya he hablado, y que se comenzó á guarnecer inmediatamente de cañones, y cuya base era la ciudad. El pequeño ejército imperial tenía así al frente los caminos de Celaya y de San Luis, por donde se acercaba el enemigo. No cansaré á mis lectores con los detalles de todos nuestros movimientos.

Contra lo que esperábamos, no se nos condujo al combate.

Fué una gran falta, como se verá mas tarde. Los republicanos no nos atacaron inmediatamente, y se aprovecharon de nuestra indecision (la indecision es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias) para aumentar su efectivo con los refuerzos que les llegaban á marchas forzadas.

Algunas veces, el ver á los republicanos formados en batalla, ó nubes de polvo que se elevaban por el lado de ellos, nos hacia creer en un ataque; pero al dia siguiente sabiamos por los desertores ó por los espías, que ese movimiento le habia causado alguna revista pasada en honor de una fiesta republicana, ó para celebrar la llegada de nuevos refuerzos.

La brigada de reserva, á la que estaba agregada mi batería, cambiaba muchas veces de lugar. Se nos hizo ocupar primero la Alameda, paseo público, despues la hacienda de la Capilla; pareciendo que el enemigo se concentraba decididamente hácia el Norte, se nos envió á ese lado, y pasamos varias noches en las tierras de labor que se extienden entre el Cerro de las Campanas y Querétaro.

Miramon y Arellano aconsejaban al Emperador atacar vigorosamente para acabar de una vez; pero su influencia sobre el ánimo del Soberano estaba léjos de igualar á la del general Márquez, gefe de estado mayor. El Emperador tenia una fé ciega en la experiencia de este último, que gracias á su influencia y á su posicion, era el verdadero general en gefe y rehusaba atacar. Por otra parte, se esperaba siempre al general Olvera con sus montañeses.

La expectativa parecia larga á todos, y algunas veces una especie de recogimiento parecia suceder al entusiasmo. Todos, desde el Emperador hasta el último soldado, comprendian que la suerte del Imperio y la nuestra dependian de los azares de una batalla, y que era absolutamente preciso ganar la que se presentaba al enemigo.

El Emperador habia establecido su cuartel general en el Cerro de las Campanas y dormia en el suelo, envuelto como todos en su sarape nacional de colores jaspeados.

Todos los dias por la mañana visitaba las líneas. Al verle, los soldados corrian á tomar las armas y le hacian los honores con entusiasmo. Acostumbraba detenerse ante el primer soldado que se le ocurria, interrogarle y preguntarle si el sueldo, el café y los víveres habian sido distribuidos, y si no, encargaba al general Márquez reprender severamente al gefe de cuerpo que desatendia á sus soldados. Estos últimos nada comprendian de semejante conducta; jamas habian estado mejor tratados. El Emperador visitaba tambien las avanzadas, y se exponia á las balas de los tiradores enemigos con una sangre fria que todos admiraban.

Entre los incidentes de aquellos dias memorables para mí, recordaré siempre la entrega de una bandera al batallon Iturbide. Una mañana, al salir el sol, el general Mendez llegó al frente de ese batallon, seguido de una numerosa escolta de oficiales de la brigada de reserva, ávidos de ver el espectáculo siempre patético de la entrega de una bandera. El general anunció á los soldados el honor que les estaba reservado, y presentó la bandera que el Emperador les confiaba y que todos debian seguir y defender hasta morir.

El Emperador llegó luego, seguido de Márquez y de su estado mayor, tomó la bandera de manos del general Mendez, y presentándola á los soldados, habló como digno descendiente de Rodolfo de Hapsburgo. Sus palabras de gloria, de imperio y de patria, pronunciadas en buen castellano con un ligero acento aleman, y ese aire de dignidad suprema que le era peculiar, fueron sembrados en buen terreno. Aquellos soldados indígenas, tan indiferentes de ordinario en materias políticas, habian llegado á adorarle como á un Dios; tanto sus naturales

buenos y sencillos se abren á la confianza y engendran la abnegacion.

Fuí algunas veces, por asuntos del servicio, al Cerro de las Campanas, donde se hallaba el cuartel general. Esta posicion, ya respetable, era cada dia mas fuerte, á causa de las fortificaciones pasajeras que allí se elevaban.

Examinando atentamente la cima del Cerro de las Campanas, se veia todavía en ella señales de trabajos defensivos establecidos por órden de los vireyes. Este punto, y el convento de la Cruz, situado al otro extremo de la ciudad, y que ahora serán célebres en la historia, estaban entónces ocupados por los soldados realistas, cuya presencia ponía á Querétaro á cubierto del peligro de ser tomado por los insurgentes, tan dados al pillaje como los de ahora.

En el Cerro de las Campanas se reunian muchas veces el Emperador, Miramon, Márquez, Mejía, Mendez, Castillo y Arellano para observar al enemigo y tratar los negocios diarios.

Desde aquel lugar es magnífico el panorama: llanos inmensos entrecortados por grupos de árboles; los caminos de San Luis y de Celaya, donde se encontraba el enemigo; á derecha é izquierda las alturas distantes que rodean la ciudad; en fin, detrás del espectador, la ciudad con sus casas de techos planos, sus conventos y sus iglesias.

Entónces yo reflexionaba muchas veces, dejando á un lado el entusiasmo, en las consecuencias buenas ó malas que podria tener la lucha. Veia la victoria con todas sus ventajas, el enemigo huyendo y perdiendo sus cañones, sus trenes, millares de prisioneros, ó bien la derrota con todos sus desastres; pero jamas habia podido sospechar que algunas semanas despues, el destino conduciria, á ese mismo Cerro de las Campanas, á ese noble Emperador, á ese valiente y hermoso soldado que se llamaba Miramon, á ese famoso general indio Mejía, para que

allí recibiesen una muerte espantosa! Jamas calculé que nuestro valiente general Mendez, cuyo semblante enérgico y abronzado estaba iluminado por los ardientes rayos del sol cuando observaba los reconocimientos del enemigo, así como ese digno anciano Vidaurri, caerian bien pronto atravesados por las balas republicanas, el uno en Querétaro, el otro en México, despues de haberse creído por un momento salvados del último suplicio!

¡Extraño capricho del destino! El hombre de entre nosotros mas mortalmente aborrecido por los republicanos, Márquez, cuyo nombre y cuyos antiguos fusilamientos hacian temblar de cólera y de espanto á nuestros adversarios; Márquez, el terrible gefe de estado mayor que daba en aquel momento órdenes breves y repetidas, en las que todos ponian su confianza y de las que se aguardaba el triunfo; Márquez, el hombre mas fácil de reconocer en todo México, á causa de la cicatriz de una herida en la mejilla, que el hábil cirujano Nelaton no ha podido cerrar sino imperfectamente; Márquez, en fin, debia ser el único que escapara á la venganza de nuestros implacables enemigos, despues de haber causado en parte la pérdida del Emperador y de los defensores de Querétaro, por su mala suerte ó por vacilaciones de que mas léjos hablaremos. Poniéndome en lo peor, no habria podido imaginarme que sin sufrir derrota alguna, llegaríamos á semejante catástrofe por un encadenamiento extraordinario de acontecimientos contrarios, y una traicion tan infame como la de López.

Entre los demas personajes que se hallaban en el Cerro de las Campanas, se veia al anciano y respetable general Castillo, oficial de ingenieros en el origen de su carrera, y al que la edad y una sordera molesta no habian privado de sus bellas facultades; al comandante general de artillería, Arellano, la

inteligencia personificada, que iba á ser tan célebre entre nosotros por sus milagros de audacia y de habilidad para resistir á los republicanos y para escaparles dos veces con una rara fortuna; al valeroso jefe de los fronterizos, Quiroga; al príncipe de Salm-Salm, cuyo lente, cuyos bigotes y cuyo tipo germánico revelaban un verdadero prusiano (el príncipe de Salm-Salm habia sido coronel de un regimiento americano en la guerra de Potomac), y en fin, á otro, cuyo nombre se ha hecho tan miserablemente célebre, al traidor López, favorito del Emperador, entónces honrado, considerado por todo el mundo, y casi seguro de ascender muy pronto á general, tan grande era la proteccion de que el Emperador le colmaba.

López llevaba siempre su rico uniforme de coronel de dragones de la Emperatriz. Era de corto entendimiento, tipo de hombre del Norte mejor que español ó mestizo. López era rubio, de estatura bastante elevada, y tenia grandes piés de anglo-americano. Se comprendia al ver á ese hombre que no estaba en su esfera. Era un ambicioso, sin mérito alguno verdadero, y que ayudado por el favor y los azares de los disturbios civiles, habia llegado á un puesto donde no podia sostenerse largo tiempo sin caer con ridículo ó con infamia.

Su mirada era mas bien humilde que franca, y su celo por ejecutar las órdenes del Emperador tenia algo de servil. Sus antecedentes, que nada tenian de honrosos, eran conocidos, sin embargo, por el Emperador; pero este habia tenido la desgracia de encontrar á López como jefe de su escolta el primer dia de su desembarco en México.

Desde aquel dia, Maximiliano colmó de beneficios al que debia ser su Júdas. López pareció corresponder durante algun tiempo á esa proteccion, haciendo de su regimiento el mejor del ejército imperial; pero este último mérito, que le tocaba indirectamente, pertenecia al teniente coronel del mismo regi-

miento, D. Pedro Gonzalez, cuya capacidad administrativa y cuyo valor fueron luego conocidos del Emperador.

Un odio terrible y no siempre disimulado existia entre el coronel y el teniente coronel. López envidiaba las cualidades de su segundo, y este último despreciaba á su superior.

III

Los gefes republicanos: Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Riva Palacio, Velez, etc.—El elemento extranjero.

La moral de los republicanos era buena. Su última victoria de San Jacinto, la evacuacion del territorio por las tropas francesas, la de las plazas del Interior por los imperiales, su entrada sucesiva en todas las ciudades, la extincion de los recursos hacendarios del Imperio, todo, hasta nuestra posicion militar reducida á la defensiva, daba á nuestros adversarios la esperanza del triunfo, esperanza tanto mas fácil de hacer nacer entre ellos, cuanto que tenian por principal cualidad estar acostumbrados, mucho tiempo hacia, á sufrir todos los reveses, sin cesar jamas en la lucha.

Su general en jefe era Escobedo, y sus principales gefes secundarios, Corona, Régules, Treviño, Antillon, Paz, Echeagaray, Aureliano Rivera, á los cuales se agregaron mas tarde Riva Palacio, Velez y Jimenez.

Quisiera dar aquí una idea de cada uno de esos personajes, pero declaro que los conozco muy poco y que no quiero imitar á esos escritores, cuyos nombres tengo en la punta de mi pluma, que han escrito sin ton ni son sobre México y los mexicanos, á los que solamente de nombre conocen. Sus escritos, que